

## LA GLOBALIZACION Y EL INFIERNO

John Berger, el escritor y deslumbrante crítico de arte inglés, sería mejor llamarlo, brillante crítico de la sociedad despiadada del capitalismo, señalaba recientemente que en la historia de la pintura suelen encontrarse extrañas profecías. Profecías que el pintor no hizo voluntariamente.

Entre ellas relata su impresión del Tríptico del Milenio, que sobre el comienzo del siglo XVI realizara Jerónimo Bosch, el a veces diabólico pintor de una realidad onírica. En tal pintura del milenio, una parte del Tríptico está dedicada al Infierno y Berger reconoce que esta pintura, ese infierno, se ha convertido en una extraña profecía del clima mental impuesto a nuestro mundo de estos años, por la globalización y el orden económico que nos toca padecer.

La profecía del Bosco radica en el conjunto opresivo de su panel de la derecha, no en sus detalles, ni en sus límites o singularidades; se trata de la pintura en su totalidad, del infierno en su conjunto.

Dice Berger, se trata de lo que constituye el **espacio** del infierno, ese que no tiene, ni podrá ofrecer horizonte; ninguna continuidad de acciones, ni pausa, ni camino, ni plan, opresiva y patéticamente, ningún tiempo, ni pasado, ni futuro. Solo se padece el clamor del presente disparatado y justamente fragmentario. Pero sin salida, sin fluir de nada. Es el delirio de una quietud opresiva que no ofrece esperanza alguna...

El infierno quieto, disparatado y fragmentario de esa profecía, se refleja en la asfixia de la globalización, esa del mercado señalado con la idea de la última verdad de la libertad, mencionada como la "necesidad criminal de vender sin cesar..."

Ni el infierno, ni la globalización pueden hallar fácilmente la forma terminante de ensamblar sus piezas, para lograr una eficaz síntesis que evite esta forma despótica y desastrosa de **la cuarta guerra mundial** que como en el infierno, se libra en un campo de batalla sin pausas, sin caminos, sin tiempo diferenciado y con el ánimo empeinado de conquista definitiva de todos los rincones esperables del mercado. Nuestro espacio vital está enrarecido, ya casi hasta la muerte, por esa necesidad insaciable de vender, porque ahora, como antes, o consumos de cualquier manera, o el infierno arderá por los tiempos de los tiempos.

Berger dice, con utópico discurso de quien es, como él, capaz de descubrir la belleza allí donde se encuentre, que cuando el infierno es denunciado desde adentro, deja de ser infierno.

En ese rayo de esperanza parece comprenderse que todos nuestros inventos, que todas nuestras formas de salvación, ratifican que el antagonismo entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales, en toda la historia también supieron de la barbarie que cubrió el infierno.

Otra vez hace falta no engañarse respecto a las fuerzas que edifican en todos los casos, el espacio del infierno, de esas contradicciones finales sin rumbos, ni plan, ni tiempos. Desde ellas desde tanta desesperanza deben operarse las nuevas fuerzas sociales, esas que necesitan de los hombres nuevos, de esos que no reparan en esas desesperanzas y aún desde el "clamor del presente disparatado, fragmentario..." de infierno y globalización han de construir, justamente como en los otros dos paneles del Tríptico del Bosco, otro mundo, casi como el jardín de las delicias.

Para construir tal mundo, no queda otro sentido que aquel que puede ser confiado a las manos de hombres nuevos, esos que construyen, que trabajan con cada esperanza, esos que siempre esperaron de sus fuerzas. La esperanza para construir a los paneles del jardín de las delicias vuelven a estar en manos de los obreros...

Floreal A. Ferrara  
29 . 01 .00